

# Veinte ediciones de las vaquillas de San Jacinto.

*“La tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego.” G. Mahler*

Desde 2003, con la interrupción de dos años por la pandemia, y hasta este 2024, serán ya veinte veces las que se disfrute en Villanueva del Duque de la recuperada tradición de la suelta de vaquillas. A veces no parece que sea tanto tiempo, pero es evidente que prácticamente cualquier vecino o vecina menor de veinticinco o veintiséis años, puede que no recuerde una sola feria sin este festejo que tanta vida ha dado a la Feria y Fiestas de agosto.

Creo que fue en 2018, cuando me encontré un grupo de cinco o seis pequeños que salían corriendo a tropel de la calle Cristo de la Piedad, embocando Santa Lucía hacía Cuatro Vientos, detrás de ellos venía otro nene con un trozo de palo de fregona que simulaba ser los cuernos de la vaquilla que él mismo representaba, y que como era costumbre salía acelerada y derrapando. Fue una imagen de muy pocos segundos, pero suficientes para darme a entender que el festejo formaba ya para siempre parte de la memoria de los vecinos, y acordarme también de “la colorá”, de la que José Romero opinaba que “tenía mucho nervio”.

La historia fue muy sencilla, cuando compusimos la lista electoral para las elecciones de 2003, llevábamos en ella a José Manuel Salado, que se incorporó con la condición de que había que hacer una suelta de vaquillas por las calles. Por aquel entonces lo prometido era deuda, y una vez que en junio nos incorporamos al ayuntamiento, decidimos ir dando pasos para celebrarlas por primera vez en 2004, pues para la feria quedaban menos de dos meses y no parecía posible llegar a tiempo, pues no teníamos vallas, corrales, permisos, ni nada de lo necesario.

No recuerdo quién nos comentó que durante la feria de Alcaracejos había estado viendo las vallas de las vaquillas y que creía que podrían servirnos para la primera edición. Y allí nos presentamos José Manuel Salado, Francis Ramos y yo, junto con Ángel Enrique Moreno que, a pesar de llevar muletas, se las compuso para medir las vallas y calcular los añadidos que deberían soldarle a estas para poder ser utilizadas en nuestro pueblo. Ya teníamos los cierres para poder soltarlas por las calles.

La autorización gubernativa no era sencilla, porque primero te requerían demostrar que el festejo era tradicional en la

localidad, o lo había sido. Aquí jugó un papel fundamental la que era concejala de cultura en ese momento, M<sup>a</sup> Aurora Romero, que recordó que su maestro don Liborio, les había hablado de una tradición taurina asociada a San Jacinto, y que incluso había escrito de ello en un libro de feria. Ella fue pues la encargada de recopilar datos, fuentes y documentación de archivo, para componer la justificación que habíamos de presentar en la delegación de Gobierno de Córdoba. M<sup>a</sup> Aurora, junto con la concejala de festejos, Pilar Granados, ayudó también a definir muchas de las características de la fiesta: los abanderados, sus trajes, los pañuelos, la charanga animando ...

Casualidades del destino, a los pocos días me crucé en el Hospital Valle de los Pedroches con Pedro Paradelas, que gestionaba la empresa de ambulancias que daba servicio de transporte en el Área Sanitaria: “oye, Julio, que sé que estás de concejal en Villanueva, si en algún momento queréis hacer suelta de vaquillas, yo te pongo las ambulancias y te busco cirujano, anestésista y enfermero, incluso te pongo en contacto con toreros para dirigir la lidia”.

No sé cuánto tiempo quedaría ya para la feria, pero se nos vino a la cabeza eso de “¿y si lo intentamos para este año?”. Y así fue, se aprobó la suelta de vaquillas en pleno, se mandó la documentación a Delegación de Gobierno y Quique se puso a fabricar los añadidos de las vallas, la cosa estaba en marcha.

La siguiente etapa fue la elección de las vaquillas, aquí entró en juego Juan Rafael Leal que nos facilitó el acceso a la finca “La Castilleja” de Peñarroya, donde nos plantamos a seleccionar las vacas. El grupo era numeroso, creo que más de diez personas en total. Recuerdo a Juan Rafael, José Romero, Quique Moreno, Juan Carlos “cuca”, Javi Quebrajo, José Manuel Salado, Francisco Leal, Rafael Cabrera y Sebastián Gomiz, de Alcaracejos, seguro que alguien se me escapa o he podido añadir a alguien que estuvo en las siguientes, pero entiendan que hace dos décadas de esto.

Tras la bienvenida en la casa de la finca, donde nos recibió amablemente el propietario de la ganadería, Antonio García Galán, nos montaron en un pequeño remolque con un tractor y allá nos fuimos a seleccionar las vacas, yo señalaba las pequeñas, los demás señalaban las más grandes, y

entre todos llegamos a un punto medio, excepto una vaca colorada muy grande. Guardo en mi memoria las palabras que el mayoral de la finca le dijo en voz baja al joven que conducía el tractor "tú verás donde van a ir a parar los cuervos con la berrenda esta".

Entre algún susto subiendo cuestas y un incidente con el conductor mencionado en el párrafo anterior, que nos pasó rozando el lomo de unos toros tan altos como el remolque, mientras José exclamaba: "¡Se ha pasado el nene con la vacilada!", finalmente, logramos seleccionar las siete vacas. Rodeados de vacas y toros, era evidente que la situación no podía terminar tranquilamente, y así fue. De regreso, varias personas decidieron bajarse del remolque en medio de la



finca. No sé quién se acercó a un añojo que descansaba bajo un árbol, creo que tal vez fuera José otra vez el protagonista del suceso, pero de inmediato provocó su berrido y la aparición de la madre bufando en la lejanía, lo que obligó a tres o cuatro expedicionarios a poner a prueba la velocidad de sus piernas, mientras los demás jaleaban desde el remolque.



Los permisos de Delegación de Gobierno llegaron, Pedro nos reservó las ambulancias y nos puso en contacto con los toreros y los sanitarios necesarios, entre ellos el reputado cirujano taurino don Eliseo Morán, conocido por su larga trayectoria y por el amargo episodio de septiembre de 1984 en Pozoblanco.

Las vacas saldrían de un corralón de la calle Cristo Piedad que en los primeros años nos cedió Luis Romero, y en los siguientes Carmelo Rodríguez. Los vaqueros y demás conocedores del ganado determinaron que con un remolque en medio y arcañillas se podrían organizar fácilmente dos cortados, uno para las vacas de cada día. La manga para la carga y descarga nos la cedió Leoncio Medina, y de esta manera quedaron también listos los corrales.

El 13 de agosto fuimos a cargar las vacas, y ahí empecé a darme cuenta de donde me estaba metiendo, pues como concejal responsable de la organización del festejo sentía que cualquier percance iba a recaer directamente sobre mis hombros. La primera parte era despuntar los cuernos de los animales seleccionados, para lo que en la explotación metían a las vacas una a una en una manga, donde las inmovilizaban y se podía proceder a realizar el proceso.

Todo iba bien hasta que llegó "la colorá", que decidió cornear todo lo que se encontraba a su paso y levantar por los aires a una de sus hermanas de menor tamaño, culminando su entrada en la manga metiendo las dos patas por fuera y estando a punto de escaparse. Y claro, si en aquellos corrales de hormigón y puertas sólidas liaba aquello, no quería imaginarme que iba a ocurrir en lo que Juan Carlos llamaba "nuestros toriles".

Cargadas las vacas y camino de vuelta, en un camión, todo hay que decirlo, no demasiado nuevo, nos quedaba solo por observar como las vacas agujereaban el suelo del transporte y una de ellas asomaba la pezuña en medio de la carretera, entenderán que el miedo escénico fuera sin duda en aumento.

La descarga no iba mal, la calle cortada, el camión junto a la puerta del corralón y la manga pegada al cajón nos permitió bajar más o menos bien las seis primeras, ahí lo hermanos Alberto y Antonio Arévalo fueron fundamentales, citándolas con valentía, y también Juanín Córdoba con su tradicional vara. Pero quedaba la séptima, que ya saben ustedes cuál era, y aquel animal no tenía intención alguna de bajar del camión, y nos miraba como diciendo "yo de aquí no me muevo".

Con un lazo se consiguió sujetar a la vaca y conducirla hacia la manga mientras cinco o seis personas tiraban de ella. Bajar, bajó, pero fue tocar tierra y dedicarse a cornear

nuevamente a todo lo que se encontraba a su paso, culminando nuevamente la peripecia poniendo las dos patas encima del remolque que dividía los "toriles". Allí encima estaba Sebastián con una manguera, y usando el agua calmó al animal y logró que se quedara ya tranquila y sin nadie cerca que pudiera molestarla. José Antonio Ramos "Gordillo", que era también concejal, nos proporcionó las alpacas para alimentarlas y estuvo también dispuesto y pendiente de todo lo que pudiéramos necesitar.

Se acercaba el primer día de la suelta, haciéndolo coincidir con el voto de la villa, que es lo que daba sentido al festejo. Las vallas estaban puestas en las calles y los añadidos necesarios soldados. Las ambulancias sabían ya donde debían colocarse y los sanitarios se ubicarían el consultorio de salud, por lo que todo parecía preparado. A última hora Pedro Moreno y Pepe Urbano nos habían ofrecido un coche para ayudar a recoger a las vacas cuando llegara el momento, el vehículo cargado con la charanga, o con otras personas sería una de las estampas características de estos primeros años, hasta que se nos prohibió su uso por la autoridad gubernativa.

Hubo otro coche que iba a entrar en el recorrido, preparado por la peña llamada "Master Car" formada por jóvenes de la localidad, que finalmente tuvimos que rechazar por algunos elementos que nos parecían peligrosos. Fue una lástima que su trabajo finalmente no sirviera, me dolió tener que tomar aquella decisión, pero espero que lo entendieran. Por cierto, al año siguiente en sus camisetas ponía algo así como "Peña Master Car, pero esta vez sin car".

Y llegó el sábado 16 de agosto de 2003, una hora antes de la suelta habíamos estado colocando cadenas y candados para poder cerrar cada valla mientras la gente comenzaba



a distribuirse por todo el recorrido. La Guardia Civil nos recordaba que debíamos cumplir los tiempos y que los voluntarios debían sacar a las personas ebrias y menores de dieciséis años del recorrido, casi nada en dos calles donde se podrían agolpar más de 600 personas. A mí se me ocurrió preguntar al sargento si él podía usar la pistola si alguna vaca se salía del recorrido, no se me olvida la respuesta "si le pego un tiro a una vaca me pasó seis semanas escribiendo papeles para justificarlo". Aun así, algún voluntario tenía su escopeta preparada por si acaso.

Media hora antes de aquello la gente llegaba ya en tropel con sus pañuelos rojos de San Jacinto, cuya silueta había sido dibujada por José Caballero Navas. Aparecieron Cristóbal "minuto", intermediario, y Enrique, el torero responsable de lidia, junto con dos asistentes. Las ambulancias llegaban haciendo sonar las sirenas, tal y como había bromado Pedro, y junto con ellas los sanitarios.

Nos tocaba revisar todo el recorrido y poner las vallas que no se podían dejar fijas. Por el camino algunas personas me pidieron permiso, entre otras cosas, para meter una bicicleta en el recorrido, o introducirse dentro de un bidón con agua para citar a las vaquillas, el sargento de la Guardia Civil me observaba fijamente, y yo por supuesto les dije a todos ellos que no iba a ser posible.

Los vecinos ponían a prueba las nuevas barreras en sus puertas, así como las que les habían prestado de El Viso. Recuerdo el burladero de madera de la casa de Eli y Francis, que temía que cualquier vaca hiciera pedazos pero que aún sigue en pie. También la valla del corralón de Domingo y Loles, que me parecía la más práctica, aunque no cualquiera podía pasar por algunos de sus barrotes, por mucho que Ricardo Moreno, con su humor característico, afirmara que estaban hechos a su medida.

La charanga llegaba al recorrido con las reinas y los tres abanderados, José Manuel Salado, Javier Quebrajo y Antonio Arévalo, que tuvieron el honor de ser los primeros. Las reinas se metieron en diferentes casas y ellos con sus trajes blancos y pañuelo y fajín rojo se colocaron esperando a las vaquillas. De los corrales y la salida y entrada de los animales, creo recordar que ese año se encargaban Ángel Moya, Emilio Salado, Pedro Sainz y José Adrián Pérez, con la ayuda de los voluntarios. Nuevamente pido perdón si me dejo a alguien.

Un cohete silbó en el aire y su explosión anunciaba que Villanueva del Duque volvía a disfrutar de las vaquillas por sus calles, y que lo hacía en honor a su patrón San Jacinto, como marcaba la tradición.

Del transcurrir del festejo podríamos hacer dos o tres artí-

culos más, pues los sustos, las carreras, las peripecias y la diversión forman parte de muchas pequeñas historias que recordaremos cada que vez que llegue agosto, y seguro que siempre lo haremos con muchas risas. No recuerdo percances importantes, tal vez el chico de Villaralto que se cayó al saltar la vaca y llegó aparentemente sin rotula al consultorio, pero poco más, tengo la absoluta certeza de que San Jacinto ha tenido que tirar bastantes capotes en estos veinte años.

Desde aquí enviar un agradecimiento a todas las personas que hicieron posible la recuperación del festejo, especialmente a los abanderados y voluntarios, aunque algunos de ellos ya no estén con nosotros, en todos encontré las manos amables y valientes que permitieron que aquello se hiciera bien, con el menor riesgo posible y marcando un estilo original y de identidad propia en la comarca.

Me gustaría acabar diciendo ¡Viva San Jacinto! y deseándoles la mejor feria en compañía de la familia y los seres queridos.

**Julio López González**



## Testimonio abanderado Francisco Rafael Leal Gómez

Recuerdo con especial ilusión la vivencia de ser uno de los abanderados de San Jacinto, días previos a la feria y fiestas recibía una llamada donde me ofrecían ser uno de los abanderados de San Jacinto, sin dudarlo un segundo acepté dicha propuesta.

Es habitual que cada año recuerde a alguien de mi entorno diversas anécdotas de aquel año en el que me enfundé el pañuelo y fajín rojo de San Jacinto, tales como la impuntualidad a la hora de descargar las vaquillas tras la noche anterior, algo propio de la edad o también lo duradera que se me hizo la procesión, jamás imaginé que las andas de nuestro patrón pesarían tanto. Igualmente recuerdo todos aquellos consejos de familiares y organizadores que daban algo de alivio a mis nervios antes de la suelta de reses, posteriormente vendría algún que otro sustillo durante el encierro y el disfrute unido a mis amigos y la charanga el bombazo, es por todo ello que reafirmo que fue una experiencia única, la cual pude disfrutar.

A día de hoy, ya con unos cuantos años más y con otra perspectiva, trato de colaborar cada año con la organización y tender mi mano a los nuevos abanderados, tal como hicieron conmigo en su día, es por ello que como villaduqueños tenemos el deber de seguir cuidando nuestras tradiciones, con empeño y dedicación y con la fe que a este pueblo le caracteriza,

*VIVA LA VIRGEN DE GUÍA Y VIVA SAN JACINTO.*



## Testimonios abanderados

### Antonio, José Manuel y Javi

**D**ecía Carlos Gardel en su canción... "que es un soplo la vida, que veinte años no es nada...", y tenemos que darle la razón. Parece mentira que hayan pasado ya 20 años que tuvimos el honor de ser los abanderados de las vaquillas de San Jacinto.

Una fiesta que se recuperó para nuestro pueblo y que afortunadamente se ha podido mantener en el tiempo para que todos los habitantes y visitantes de Villanueva del Duque puedan ahora disfrutarla.

Hace ya más de dos décadas, con José Manuel metido en las listas políticas que gobernaban en Villanueva empezó a dejar caer en sus reuniones (forma sutil de llamar a ponerse pesado), que teníamos que recuperar para nuestro pueblo la tradición de soltar vaquillas que de pequeños habíamos visto. Cada vez que nos juntábamos le preguntábamos: ¿qué? ¿Cómo va lo de las vaquillas?

Recordamos que en esos años nos gustaba ir los pueblos vecinos en los que sí había vaquillas (Santa Eufemia, Alcaracejos, El Viso...), y nos decíamos "ojalá las pudiésemos disfrutar en nuestro pueblo".

Pues ese día llegó y nuestro anhelo se cumplió. Lo que no esperábamos es que nos propondrían ocupar un lugar especial, ser los primeros Abanderados de San Jacinto. Aceptamos sin dudar, aunque nos mirábamos y nos preguntábamos ¿pero qué tenemos que hacer? No nos importó mucho, queríamos participar, colaborar y ser partícipes de ellos, y así lo hicimos.

Recordamos como en esos días la gente del pueblo nos preguntaba: ¿y por qué sois vosotros los abanderados? ¿Por qué os han elegido? y nosotros siempre respondíamos lo mismo: "por la altura" y asentían con la cabeza, no podían rebatirnos.

Son innumerables los momentos, frases para el recuerdo y anécdotas vividas en todos estos años, que darían para llenar un libro... los corrales del primer año, la elección de las vacas, el sombrero de Juan Carlos ("El Cuca"), los nervios de Julio (persona fundamental la recuperación de esta fiesta), la vaca que quiso entrar a la biblioteca, la ventana que se cae... y un largo etcétera que como darían para llenar páginas y páginas.

Veinte años han pasado ya, y muchos los abanderados que han seguido formando parte de este evento (recuerdo especial para dos de ellos, que se fueron demasiado pronto), todos con ganas y con ilusión por representar y formar parte de esta fiesta que ya es tradición en Villanueva del Duque, y que sobre todo conocen y disfrutan porque han crecido desde pequeños viéndola cada año en su feria.

(Antonio, José Manuel y Javi)

